

arrojan á los franceses de Italia y amenazan el territorio defendido por Berwick, un hijo natural de Jacobo II; Marlborough, poniendo en juego su audaz estrategia, expulsa á los franceses de Alemania, y gana así su título de duque; luego les arrebató los Países Bajos, y en una campaña posterior vence al duque de Borgoña, nieto del rey, y penetra en Francia.—En España, entretanto, los ingleses y portugueses unidos, llevan á Madrid al archiduque austriaco que se hacía llamar Carlos III, y sublevan contra Felipe á Cataluña, Aragón y Valencia. En Inglaterra el partido *whig* se apoderaba del gobierno, y la reunión definitiva de Escocia se verifica en 1706 formándose el reino que se llamó *La Gran Bretaña*. En Francia, en donde ya no se vivía, sino por milagro, dice Fénelon, inviernos crudísimos y hambres semejantes á las de la Edad Media, habían imposibilitado todo esfuerzo; el rey pidió la paz; pero le impusieron los coaligados tan humillantes condiciones, que prefirió, y la Francia con él, renovar la guerra.—Villars se cubrió de gloria en la indecisa batalla de Malplaquet, librada contra Eugenio y Marlborough, y para colmar la fortuna relativa de los franceses, este guerrero inglés de quien Voltaire decía, que ni había sitiado una plaza sin tomarla, ni dado una batalla sin ganarla, cayó en desgracia con su esposa, cuando la reina Ana sacudió la tiranía de ésta, y dejó el teatro de la guerra, inmensamente rico, gracias á sus concusiones, y admirado, más no amado, porque él, exceptuando á su mujer, á nadie amó tampoco. La lucha, aún en España, tomó un carácter favorable á los intereses franceses, y Felipe V, después de la batalla de Villaviciosa, ganada en 1710 por Vendome y el conde de Aguilar, durmió sobre un lecho formado de banderas enemigas. La pacificación de España no era más que cuestión de tiempo ya y, fiel al programa borbónico de unificación, Felipe se propuso abolir los últimos fueros de Aragón, que ya no se distinguió de Castilla; después y tras el cerco sangrientísimo de Barcelona suprimió también los privilegios catalanes; sólo los vascuences conservaron los suyos hasta nuestros días.—La muerte de José I, sucesor del viejo Leopoldo, y la exaltación al trono imperial del archiduque pretendiente Carlos, que abandonó España, inclinaron todos los ánimos á la paz, que después de la victoria de los franceses en Denain (1712) ya fué una necesidad. Los tratados se celebraron en Utrecht entre los coaligados, menos el emperador, y Francia y España; al año siguiente, el príncipe Eugenio y Villars celebraron el tratado de Rastadt entre el Imperio y los Borbones. Inglaterra se quedó con Menorca y Gibraltar; el duque de Saboya fué rey de Sicilia; la casa de Austria guardó casi toda Italia y los Países Bajos, y Francia cedió á los ingleses buena parte de sus posesiones en la región que hoy se llama la América Inglesa (1713-1714).

Al año siguiente murió Luis XIV. Mientras, bajo los auspicios de las instituciones libres, Inglaterra crecía con pasos de gigante; el perfeccionamiento del absolutismo había conducido á Francia á la ruina completa; el *antiguo régimen* iba á sobrevivir setenta y cuatro años, exagerando todavía sus vicios, incapaz de renovar sus efímeras cualidades; pero llevaba ya, después de la espantosa bancarrota moral, política y económica del fin del reinado de Luis XIV, la lesión orgánica que lo iba á matar.—La población de Francia había bajado, durante el reinado de Luis XIV, á 18.000.000; habían muerto en la guerra, ó á consecuencia inmediata de ella, 1.200.000 personas, y se habían gastado directamente 300.000.000 de pesos, siendo incalculables las pérdidas indirectas; los ingresos, al fin del reinado, habían disminuído en 6.000.000 de pesos y aumentado los egresos en 52.000.000. El déficit subía sin cesar devorando la fortuna pública; luego la monarquía absoluta estaba incapacitada para administrar. La clase noble, reducida á la domesticidad del soberano, no era ya la fuerza militar de la nación; el clero, antes instrumento de dominación en manos del rey, había quedado, en cuanto á doctrinas, sometido al fin á Roma, y la bula *Unigenitus*, que sostenía por vez primera la infalibilidad del Pontífice, dió un golpe de muerte á la iglesia galicana, á pesar de la resistencia de los jansenistas agrupados en derredor del arzobispo de París y que dominaban en el Parlamento.—El comercio moribundo, gracias al estado de guerra casi perpetuo, á la ruina de la marina militar, á las pérdidas coloniales y al sistema prohibitivo; la industria agobiada por el impuesto, la agricultura casi abandonada, habían puesto á las clases medias en espantosa situación, mientras la gente obrera y rural se veía reducida, por los vejatorios impuestos que se llamaban *la talla* y *la capitación*, á una espantosa miseria; luego la monarquía absoluta no podía gobernar. Dado el carácter del pueblo francés, la protesta unánime de la nación contra el régimen que moría, puede decirse, con Luis XIV, fué una inmensa é incontestable irrespetuosidad. Los silbidos, los epigramas y las canciones, fueron la oración fúnebre de Francia sobre la tumba del Rey-Sol.

#### CULTURA GENERAL.

1. Las letras: Italia, España, Inglaterra, Francia.—2. Las Artes: Italia, España, Países Bajos, Francia.—3. La Filosofía: Bacon, Descartes, Spinoza, Pascal, Leibniz, Hobbes, Locke.—4. La Ciencia: constitución de las primeras ciencias de observación; aurora de las ciencias de experimentación.

1. *Las letras: Italia, España, Inglaterra, Francia.*—Italia había terminado su gran período de creación literaria con el poema de Ariosto; entre éste y Torcuato Tasso advienen la Compañía de Jesús y el Concilio de

Trento, es decir, la reacción contra el libre espíritu del Renacimiento. La epopeya artificial de Tasso, sonora y bella y á veces fulgurante como es, indica bien los nuevos principios: de los antiguos, estudiar é imitar la forma, y, por costumbre, el vocabulario mitológico en sus acepciones más vulgares; resucitar la caballería cristiana, pero atildada y ortodoxa y sometida á los cánones del Concilio. Así Tasso, célebre por sus amores y su martirio supuestos, víctima y mártir de sí mismo, de sus escrúpulos y su desequilibrio mental, es el primer poeta de una larga decadencia que dura todo el siglo XVII. No que Italia cese de producir, al contrario; sus poetas, desde Annibal Caro, que se emancipó de la imitación del Petrarca y precedió á Tasso, hasta Filicaja, que cantó la liberación de Viena por Sobieski y á quien Macaulay juzga hiperbólicamente el primero de los poetas líricos modernos, son incontables; ninguno es de primer orden, ninguno puede medirse con los dos gigantes an- tepasados de la poesía moderna: Dante y Petrarca. Los más notables de estos poetas menores son sus satíricos ó virulentos y elocuentes como Salvator Rosa, ese singular y prodigioso aventurero, gran pintor, actor extraordinario, poeta sombrío é implacable, y revolucionario bravo y terrible; ó Tassoni, que produjo el mejor de los poemas heroicómicos del siglo: *el cántaro robado*. Pero si Italia no creaba ya tipos, sí propagaba formas nuevas y seguía así educando á los poetas del tiempo, proporcionándoles materiales con las pintorescas invenciones de sus *novelistas*, y alguna que otra vez mostrando en sus prosistas, que muchos de ellos eran hombres de ciencia, como Galileo y Redi, modelos de estilo elegante y puro. Hasta la comedia improvisada perpetuamente con sus eternos personajes, delicia del público, Arlequino, Pantalone, etc., y que era la sola que subsistía en Italia (se la llama *Commedia dell'Arte*), ha influido en las creaciones dramáticas de las naciones occidentales. Por entonces empezó á ser el espectáculo, la obra por excelencia (ópera), la comedia ó el drama cantados, que nació del empeño de los eruditos en restaurar el recitativo helénico, aplicado á una tragedia cuyos coros cantaban. Toda la ópera quedaba así subalternada á la música.

*España.*—Esta nación, contemplada desde lejos, desde el odio del flamenco, desde el terror del africano, ó desde el fanatismo del puritano inglés, era el más siniestro de los grupos humanos, viviendo perezoso á la sombra del estandarte negro del Santo Oficio ó llevando la guerra despiadada con el soldado, ó la paz con el fraile armado de una cruz y una tea, por los pueblos de la tierra. Esta visión era una alegoría apocalíptica, no era la realidad.—España era un pueblo compuesto de diversos restos de pueblos que, al fundirse, conservaban en parte su habla, sus costumbres y sus tendencias distintas todas y

todas pintorescas. La vida era intensa; el sensualismo y la devoción, mucho más profundos que en Italia; mucho más vigorosa la mezcla de misticismo y de placer, de combate y de amor, de salmos y seguidillas, de autos de fe y entremeses, de procesiones y mascaradas, de dobles mortuorios y serenatas estudiantiles, de toros y sermones, de hetairas y de santas; todo ello alimento perenne de la poesía y la música; en todo goce sensual el alma entraba; en todo deliquio del alma los sentidos mezclaban una gota de sangre y de deseo. Este pueblo, ya lo vimos, al contacto del Renacimiento, en la noche trágica en que se abría en el siglo XVI la gran era de las guerras europeas, balbuceó primero, imitó después, y de repente prorrumpió en el canto de ruiseñor de Garcilazo. La poesía épica española contaba ya con innumerables romances; su lírica, que de antiquísimas fuentes escondidas en las breñas de Galicia manaba, recogía al fin su hervorosa, pero transparente linfa, en las canales de mármol de la métrica italiana; y el siglo XVII, precisamente el que vió caer de las flacas manos de los Austrias el cetro de la supremacía española, el mismo que vió morir la industria que antaño derramaba sus artefactos semiárabes por Europa, que vió á Sevilla bajar del rango de primer puerto del mundo y vió al mar para siempre perdido y á la Península tornar á dividirse para siempre, y á su población para siempre mutilada con el éxodo morisco; ese mismo siglo vió á España encaramarse á las cimas supremas del arte.—Fenómeno interesante por extremo, se explica así: la energía espiritual, compuesta de imaginación y voluntad, que constituye la substancia íntima del carácter español, cuando no tuvo empleo ni en Flandes, ni en América, ni en Africa; cuando en Europa y en el mar y en las colonias quedó clausurado casi el período de las aventuras heroicas y de las rapiñas sin tasa, se concentró, y, por la sola brecha abierta en el horizonte mental, que la Inquisición cercaba con impenetrable muro, partió á la conquista de reinos y mundos nuevos en los espacios de lo ideal. De aquí la exuberancia prodigiosa de poetas, de dramáticos y de noveladores; ahí estaba la vida, porque estaba ahí la libertad, y no hay recuerdo alguno de que el tribunal terrible encargado de velar por la pureza de la fe española, pusiese obstáculo á las más libres, á las más licenciosas é inmorales manifestaciones del arte en el teatro, ni de que estableciese la previa censura; sabía que el pueblo ni sería infiel á su religión, ni perdería jamás su afición por todo lo que en el arte estimula los sentidos y caldea la sangre.—En el siglo XVII ya no encontramos la grandilocuencia, la robustez, la majestad serena de los poetas del siglo anterior, pero sí mayor abundancia, facilidad y música, más viveza en la expresión de los afectos; la lírica se enriquece con los nombres de los Argen-

solas, tan profundamente dueños de su arte y de su idioma; de Villegas, inferior á su ambición, pero exuberante de amor y gracia; de Lope de Vega, genio pasmoso que cultivó todos los géneros literarios y en todos dejó vestigios hondos y en ninguno dejó obra perfecta; de Góngora, tan vivaz, tan sonoro: Góngora es el gran poeta que enfermó á la poesía española de una enfermedad mortal, para salvarla de la decadencia; de Jáuregui, de Quevedo, que ya rígido y grave, ya jocosos y desenfrenados, dominó todos los géneros por donde hizo correr su cólera, su pensamiento ó su humor regocijado: luego vienen otros; luego con el naufragio de la grandeza española, la agonía de la literatura y del buen gusto. — Pero si, en la lírica, España fué discípula de los latinos y de los italianos sobre todo, cuyos procedimientos poéticos imitó sin olvidar uno, en donde se mostró realmente nacional fué en el romance, en la novela y en el teatro. — *El romance* que salía de la vihuela y del canto popular á la atmósfera pura del arte, encontró en Lope, en Góngora y en muchos otros, intérpretes maravillosos, sobre todo en los *romances moriscos*. — *La novela* enriqueció al mundo entero con sus producciones llenas de ingenio, de filosofía práctica, de vivacidad y gallardía; todo lo reunió en supremo grado el *Quijote*, que bastaría para dar nombre á un siglo literario; por encima de los defectos de los libros de caballería, plaga de su tiempo, Cervantes acertó á herir en todas sus flaquezas al carácter español, dejando entrever todas sus cualidades y haciendo sin esfuerzo, al través de la más regocijada serie de percances que se ha tramado jamás, la más penetrante psicología de un pueblo que se haya intentado nunca. En el *teatro*, pasión española, brotó armada de pies á cabeza la *Comedia*, palabra que comprendía toda producción dramática: comedia de enredo, ya de capa y espada ó aristocrática; ya de ruido, si era histórica ó religiosa; ya heroica; ya caricaturesca ó de figuras, etc. Tales eran las divisiones del género. Dos puntos sostenían el eje de aquel mundo de imaginación, de sentimiento, de naturalismo grosero á veces, y también de artificio perenne, de poesía, de pasión y de convención: el sentimiento religioso y el sentimiento del honor, que dominaba á aquella sociedad y la penetraba hasta la médula; producto de ocho siglos de guerra y de religión amalgamadas. Tres nombres de dramaturgos descuellan entre una legión: Lope de Vega, que compuso cerca de 2,000 piezas de teatro, en donde sembró tantas bellezas y tantas debilidades de pensamiento y de gusto; Calderón de la Barca, que en sus autos sacramentales y en sus comedias se mostró poeta superior y sutil é incomparable combinador de entidades semirreales, y el mexicano Ruiz de Alarcón, el creador de *la comedia de caracteres*, el que mejor llevó al teatro al hombre vivo y real,

como Molière lo iba á hacer después. (V. Schack. — Arte dramático en España.)

La poesía épica no fué, ni en la *Araucana* de Ercilla, mediocre poema; ni en el *Bernardo* de Valbuena, ni en la *Jerusalem* del Tasso, ni en la de Lope, en donde había de encarnar su último esfuerzo digno de la inmortalidad; fué en *Os Lusíadas* del gran poeta infortunado Luis de Camoens, que cantó las hazañas, no de un héroe, sino de todo un pueblo, del pueblo portugués, acometiendo y realizando la empresa de unir á Europa con África y la India.

En *Inglaterra* el Renacimiento, removiendo el espíritu profundamente poético y fantástico de la raza germánica, condensado en los insulares británicos, produjo obras geniales; en Alemania suscitó una protesta religiosa, y el drama fué colectivo y se representó en la historia; en Inglaterra produjo á Shakespeare. Un público ávido de emociones brutales y aterradoras ó delicadas y puras, es decir, ávido de contrastes; educado ya en los más violentos espectáculos teatrales por todos los precursores de Shakespeare, hombres geniales muchos de ellos, como Marlowe y Webster, fué el que, en tiempo de la reina Isabel, de esa *loba libidinosa y fiera*, como con odio de español y católico la llamaba Góngora, comprendió y aplaudió á Shakespeare. — Este poeta es *el poeta* en el mayor sentido de la palabra; es, por medio de la imaginación más completa que ha aparecido sobre la tierra, el más vigoroso hacedor de hombres que hubo jamás; él, con los elementos irreductibles de las pasiones y de los sentimientos, combinó personas que, en unos cuantos tipos, condensaron toda la realidad humana. Mas pasó esta época de vida intensa y desenfrenada que se llamó el Renacimiento inglés; llegó la reforma puritana, y el fondo de melancolía y pesimismo que forma el núcleo de sombra de toda alma germánica y que hace mucho más profundo, por más necesario, el sentimiento religioso de los germanos que el de los latinos, esa tristeza íntima salió á luz. Entonces el ruido, el placer y el teatro dieron paso al salmo y á la prédica; la nación guardó de aquel momento sombrío de su historia un noble recuerdo y una línea inmutable en su fisonomía; Milton fué el gran poeta de esa época, como Bunyan fué el poeta del corazón del pueblo protestante; en su *Paraíso perdido*, Milton, el austero republicano, se muestra un razonador protestante, lo que enfría la mayor parte de sus cantos, y un sublime poeta lírico á veces, que hace entrever no se qué inconmensurables profundidades luminosas ó sombrías.

Ya sabemos lo que fué la literatura en Francia; grande en los tiempos que precedieron á Luis XIV con Corneille, un imitador genial del teatro español, se convirtió luego en una dependencia del soberano, en una función oficial.